# EL APOCADO

POR

TOMAS OGUIZA

Montesure es una aldea de pedantes. Se llega aquí por tren y por carretera. El tren sale de la estación Mar-Oeste, abarrotado de familias de madereros los sábados y desocupado y maloliente como un retrete público los demás días. Después asciende por un valle plantado de chopos, dejando el río a la izquierda. Todo es verde y despoblado. Las montañas son romas y desperdigadas. El terreno, blando. El cielo, accidentado. Cuando los entendidos del usuario dicen que ha quedado atrás la cuesta, el tren aligera y pita muchas veces. Media hora de camino entre boscaje y se para en una estación de montaña, breve y gris: Montesure, en el límite de la provincia. Desde aquí se baja por un camino vecinal, pues el pueblo queda separado. Si se tiene prisa se adelanta por otro que va por los sembrados. Y bajando, bajando, pronto se divisa, lo primero, el cementerio, después el bar de Berdeal (y posada), que no es el único; la iglesia a la derecha, otro bar (otra posada) y la salida del pueblo, libre siempre. A derecha e izquierda de esta vía están las casas del vecindario. Luego, apartados un poco del poblado, hay varias haciendas de gente bien, con un jardín ancho ante la casa y un terreno heredado detrás, que varía de extensión según el legatario. Todas las calles están empedradas; todas las casas tienen tocador. Todos los hombres, zapatos. Todos los niños, sarpullidos. Hay, además, un molino, una presa y un perro blanco de nadie, que sabe pedir un trozo de algo a todo el mundo y nunca se muere. La gente baila los domingos con el magnetofón de la iglesia o con la radio de Porfirio, que es de las que no gastan cable. En esto se distinguen los malos y los buenos. El cura de Montesure advierte por separado a hombres y mujeres de los peligros del baile a puerta cerrada y sin aldabón. El magnetofón de la iglesia es para los buenos y no tiene más que añadir. Los pobres de Montesure pobres son. Los ricos varían según las mezclas y las épocas del año. También hay algunos que han venido a menos y que no son ricos ni pobres, sino aparte y de cuidado. Otros son de los de menos a más; éstos lo van diciendo a todo el mundo y es fácil esquivarles.

Todo esto hace de fondo; Montesure y lo demás no participa

apenas de esta historia, puesto que sucede de noche. Y de noche, en Montesure, la gente —tanto la mala como la buena— ni baila ni monda castañas.

El último tren —el tren que avisaba al encargado del alumbrado para cumplir— ya había pasado. Lucas Estefanía dejó su casa para ir a recoger a su madre a la salida del Santo Rosario. Iban a visitar a una viuda y a su hijo Daniel, parientes lejanos. No les llevaban nada, aunque lo estaban pasando mal y lo sabían. Ni siquiera les llevaban buenas intenciones. Lucas Estefanía era alto y huesudo como San Juan Bautista; serio, casto, dócil y militar. Llevaba calada una gorra enorme de alférez en activo que se le desajustaba a cada paso y le ponía de mal humor. Su madre le decía: «No te enfades, Lucas, ya te arreglaré esa condenada gorra.» La madre era chata, baja y peluda, orgullosa como una ponedora y con los mismos andares. Iba de negro, pero con melena a la moderna para gustar a su marido. Madre y alférez bajaban por la calle principal de Montesure. Hacía fresco. El alférez iba tieso y tiritando. La madre, cruzadas las manos sobre la barriga.

Cerca ya de la cañada donde estaba el molino, no lejos del último poste de telégrafos de Montesure, andando un rato entre zarzales y pinos, se alzaba una casa grande, triste, medio cubierta de hiedra. En ella vivían, casi de caridad —por milagro—, la viuda y su hijo Daniel, culto y apocado, según decían. Vivían solos, alejados, casi siempre discutiendo. El padre de Daniel, muerto muchos años antes, se había llevado todo a la tumba, menos las paredes. Habían vivido bien. Habían tenido coche, cuñados, criadas de día y árboles frutales.

Ya se iban a acostar —la madre, refunfuñando; el hijo, con dolor de vientre—, cuando Lucas llamó a la puerta delantera con tres golpes de aldaba tremendos.

LA MADRE DEL ALFÉREZ: ¡Prima Casta, buenas noches!

LA VIUDA: Pasa, mujer; pero ¿es éste tu hijo?

LA MADRE DEL ALFÉREZ: ¿Pues quién va a ser, si no? ¿Mi amante? ¡Ja!

LUCAS: Buenas noches, tía. Buenas noches, primo.

DANIEL: ¡Hum!

LA MADRE DEL ALFÉREZ *(poniendo una mano en el brazo de la viuda):* Visita de cumplido nada más. Aquí lo tienes, alférez graduado, con una estrella reluciente y con un sueldo de tres mil.... más suministro.

LA VIUDA: ¡Quién lo iba a decir! *(Mira a Daniel con pena.)*

DANIEL *(mirando a Lucas):* ¡Qué largo es!

LUCAS: ¡Cuidado, que soy alférez!

La viuda *(a Daniel):* ¡Calla, desgraciado!... Y aprende, ya gana para taparte la boca.

La madre del alférez *(dando un codazo confidencial a Lucas):* Déjale, prima, y ten paciencia! ¡No todas tenemos la misma suerte!

La viuda: ¡Tanto libro! ¡Tantas musarañas! ¡Déjame! Te digo que si le hubiese tirado por el balcón el mismo día en que nació... Bueno, pasad y sentaos. ¿Y Roboán?

La madre del alférez: Roboán sigue bien. Con su trabajo, pero con su salud, ¡gracias a Dios! Para fines de año le van a subir el sueldo. Lleva ya veintidós en la empresa. (A Daniel.) ¿Y tú, qué?

Daniel *(con las manos en los bolsillos):* Yo..., ¡psh!

La madre del alférez *(con curiosidad):* ¿Qué es eso?

Daniel: ¡Qué!

La madre del alférez: Psh.

Daniel: ¡Ah! Psh. ¡Nada!

La madre del alférez *(desilusionada):* ¡Ah!

La viuda: ¡No me hables! Con lo que era su padre. Con lo que yo me he sacrificado por él.

La madre del alférez: No te apures, mujer. Ya ganará.

La viuda: ¡Sí, cuando yo no lo necesite! ¡No lo veré, Dios mío! ¡Desgracia por todas partes! Este hijo, que era mi esperanza... ¡Y ya lo ves! ¡Calzonazos!

Daniel *(bostezando):* ¡Psh!

La viuda: ¡Vergüenza te debería de dar! ¡A tus años y viviendo de tu madre! Pero deja, que ya verás. Esto será hasta que me harte, y cuando me harte, ¡se acabó, y adiós morena! Entonces vas a ver las orejas al lobo. Ya te acordarás de tu madre y dirás: «¡Ay aquella pobrecita, cuánta razón tenía!»

La madre del alférez *(casi conmovida):* Bueno, mujer, no te pongas así.

La viuda: ¡No te pongas así, no te pongas asá! ¡Tú, como has tenido esa suerte! Tu marido, un manzanillón que te ha entregado el sueldo siempre. Tus hijos, estudiosos y a ganar en seguida. ¡Qué diferencia!

La madre del alférez: ¡Pero tú has vivido mejor que nosotros! Recuerda cuando vivía Jonás. Teníais vuestro coche, vuestra casa. ¡Dos casas nada menos! Después se murió, y qué le vas a hacer...

Daniel: ¡Dos casas nada menos!

La viuda: Y nuestro veraneo y nuestros amigos. ¡Todo, todo! ¡Y ahora, nada! Este hijo... *(Alzando los ojos.)* ¡Dios mío!

Lucas: Tú, ¿qué estudias?

Daniel: Nada, hombre. Estudio por estudiar... Me ha dado por ahí.

Lucas: Sí, claro..., no eres nada.

DANIEL: ¿Y tú? ¡Mi-li-tar! Mala raza, peores descendientes.

LUCAS: ¡Cuidado! Te lo advierto; que aunque eres mi primo y mayor que yo, me acuerdo de cuando me pegabas siendo yo pequeño.

LA MADRE DEL ALFÉREZ: ¡Eso es verdad! ¡El pobrecito volvía de vuestra casa todo magullado! Todavía me acuerdo.

DANIEL *(a su madre):* Bueno, yo me voy a acostar. ¿Tú les aguantas?

LA VIUDA: Pero ¿qué estás diciendo? Es tu tía y tu primo. ¡Algún día irás a su casa a pedir un pedazo de pan!

LUCAS: ¡Que no se moleste!

DANIEL: Bueno..., ¡buenas noches a todos! *(Sale.)*

LA VIUDA: ¡Anda..., no sé qué!

LA MADRE DEL ALFÉREZ *(cuando Daniel ya se ha retirado):* ¡Vaya genio! ¡Si lo sé, no venimos! ¡No se puede tener atenciones con vosotros!

LUCAS: Es un vago.

DANIEL *(desde afuera):* ¡Militar! ¡Raza aparte!

LUCAS *(encarándose):* ¡A que no bajas a decírmelo otra vez!

LA MADRE DEL ALFÉREZ *(a Lucas):* ¡Eh, tú, cuidadito! Demuestra que eres más educado que él. ¡El chulo!

LA VIUDA: Bueno, tampoco es para insultar. O guardáis los debidos respetos u os marcháis. ¡Aquí no hacéis falta!

LA MADRE DEL ALFÉREZ: ¡Ya sabía yo que ibas a saltar por ahí! ¡Te conozco, gorriona! Pero podemos mirarte cara a cara. ¡Ya podemos hacerlo! ¡Os morís de envidia y de rabia! Eso es lo que le pasa a tu hijo... ¡y a ti también!

LA VIUDA: ¿A mí? ¡Qué más quisieras! ¡Yo soy toda una señora!

LA MADRE DEL ALFÉREZ: ¿Tú? ¡Qué va! Por veinte duros que me diste una vez para que viniese a ayudarte... Si quieres te los devuelvo, y el doble también.

LA VIUDA *(levantándose):* Bueno, se acabó. Yo estoy en mi casa. No tolero que nadie me falte. Por donde quiera que voy, ya lo ves, ni deudas ni vergüenza. ¡Nadie tiene que afrentarme! Siempre mi honra y mi trabajo. Así que, anda, márchate y saluda a Roboán de mi parte, que ya tiene bastante el pobre...

LA MADRE DEL ALFÉREZ: Tú sí que tienes bastante con ese hijo vaina. *(Daniel hace sonar un cuerno de caza.)*

VOZ DE DANIEL: ¡Ténganse, ténganse todos, todos se sosieguen! ¡Todos envainen!

LA VIUDA: ¡Idiota! ¡Me has asustado!

LA MADRE DEL ALFÉREZ: ¡Vaya susto que me ha dado el tío tonto!

LUCAS: ¡Déjame que le coja!

LA MADRE DEL ALFÉREZ: ¡Ven aquí, Lucas! Demuestra que eres mejor que él. ¡Estate quieto!

La viuda: ¡Hala! ¡Marchaos, ya estoy harta!

La madre del alférez: ¡Pues ahora no me da la gana! Tú no me mandas a mí como si yo fuese tu criada.

Lucas.—Vámonos, madre.

La madre del alférez: Cállate tú, bichito. Ya sabes que sacudo fuerte. Sigo siendo tu madre; así que a callar. He dicho que no me marcho y no me marcho. Y tú te quedas aquí, conmigo.

La viuda: ¿Que no os marcháis? Pero ¿que no os marcháis? Ja, ja. ¡Baja, hijo! ¡Daniel! ¡No sabéis el genio que tiene!

La madre del alférez: ¡Ni genio ni san genio! A mí, por las buenas todo lo que quieras, pero por las malas ni esto.

Lucas: Que baje, que baje.

La madre del alférez: ¡Tú, a callar te he dicho!

La viuda: Más valiera que le hubieses educado como es debido. Mi hijo será lo que quieras, pero conmigo siempre es obediente. ¡Daniel! He dicho que bajes. ¡No me hagas enfadar!

Voz de Daniel: ¡Ya voy!

La viuda: ¡Ahora veréis! ¡Venir a mi casa con esas ínfulas!

Lucas: ¡Vámonos, madre!

La viuda: Esperad, esperad. No tengáis tanta prisa.

La madre del alférez: Bueno, anda, vámonos, hijo, porque si no, vamos a terminar mal. No quiero nada con esta gente. ¡Qué gritos! ¡Qué groserías!

La viuda: ¡Ya baja, ya baja! ¡Ahora veréis! ¡Daniel, hijo mío, échalos, que sólo han venido a ofenderte a ti y a ofender a tu madre!

*(Daniel entra cubierto con una sábana y con un cuerno de caza de gran tamaño. Lucas y su madre retroceden hacia la puerta. Daniel dirige el gran cuerno hacia ellos y sopla con todas sus fuerzas. Algunos cristales se rompen, algunos desconchados del techo caen al suelo. Lucas y su madre salen precipitadamente tapándose los oídos.)*

Voz de la madre del alférez *(fuera):* ¡Deberías haberle matado! ¡Calzonazos! ¿De qué te sirve ese uniforme? ¡Quita de ahí!

La viuda *(dentro, con admiración):* Hijo mío, ya sabía yo que tú me defenderías, ya lo sabía. Eres como tu padre; no hablas nada, pero haces mucho. Apaga la luz y acuéstate. Te llevaré un vaso de leche... ¡Hijo mío! ¡Ya sabía yo!... Ya lo sabía...

Tomás Oguiza
Alonso Cano, 57
Madrid